

Publicaciones del Instituto Nacional de Previsión.

[INP.544]

HOMENAJE A LA MEMORIA

DEL GENERAL

D. JOSÉ MARVÁ Y MAYER

celebrado en Madrid, en la Real Academia
de Jurisprudencia y Legislación, el día 2 de
marzo de 1942.



MADRID, 1942



Publicaciones del Instituto Nacional de Previsión.

HOMENAJE A LA MEMORIA

DEL GENERAL

D. JOSÉ MARVÁ Y MAYER

celebrado en Madrid, en la Real Academia
de Jurisprudencia y Legislación, el día 2 de
marzo de 1942.



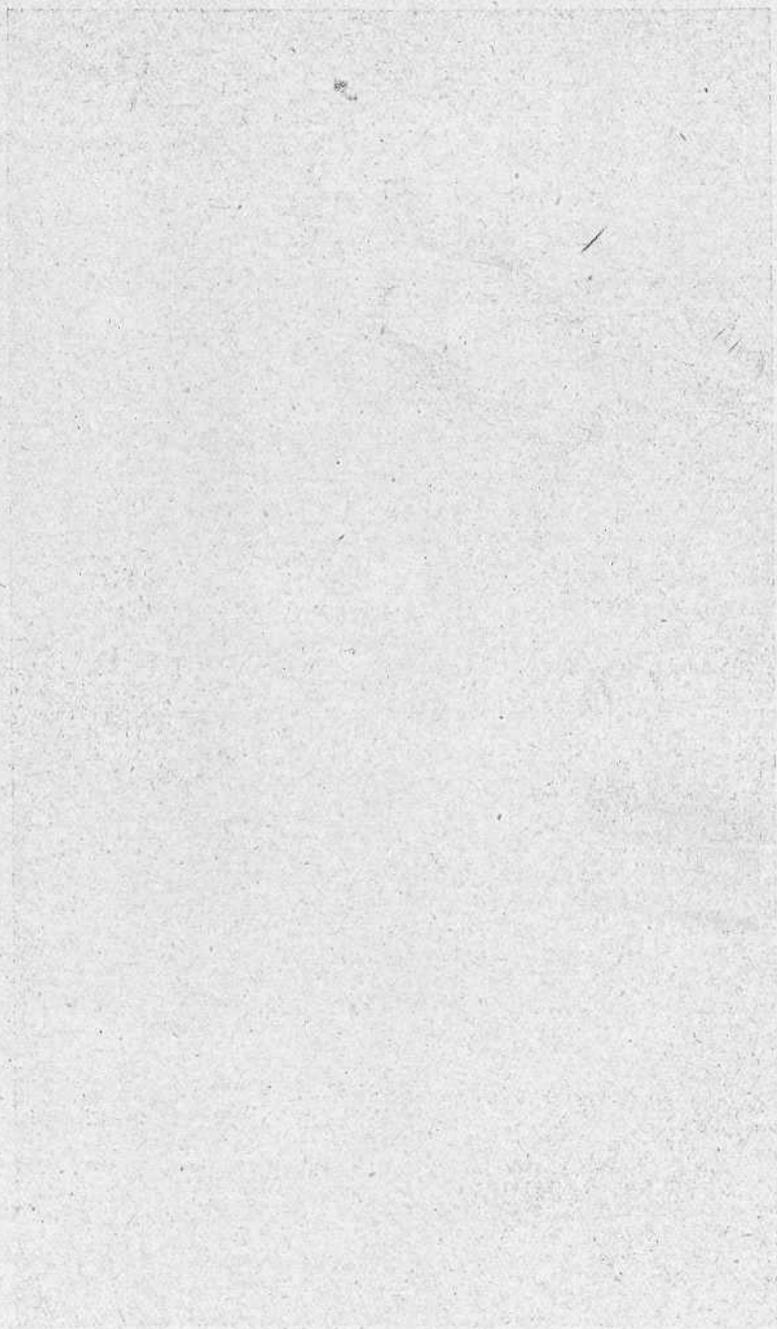
MADRID, 1942

1942.— Núm. 544.



D. José Marvá y Mayer.

Nació en Alicante el día 8 de enero de 1846-† en Madrid el 15 de agosto de 1937



En la tarde del 2 de marzo del corriente año de 1942 se celebró, en la "Real Academia de Jurisprudencia y Legislación", una solemne sesión de homenaje a la memoria del Excmo. Sr. General D. José Marvá y Mayer, Presidente, durante muchos años, del Instituto Nacional de Previsión.

El acto había sido organizado por el Instituto y por el Patronato de la Fundación "Premio Marvá". Y tuvo lugar en el mismo, como una manifestación más del homenaje en recuerdo del ilustre General, la entrega del "Premio Marvá, 1941".

Lo presidió el Ilmo. Sr. Subsecretario de Trabajo, no habiendo podido asistir, por enfermedad, el Presidente del Patronato, Excmo. Sr. D. Felipe Clemente de Diego, y ocuparon con él el estrado diversas personalidades. Estaban sentados a su derecha: el Vicepresidente de la Academia, D. Luis Merino; el Sr. Marqués de Valterra; los Miembros del Patronato de la Fundación "Premio Marvá" Sres. Montoto, Jordana de Pozas, Hinojosa y Martín Artajo. Y a su izquierda: el Director general de Previsión, Sr. Greño; el General Sr. García Pruneda; los Miembros del Patronato Sres. Aznar (D. Severino) y González Rothvoss, y los Generales D. Vicente Rodríguez, D. Luis Barrio, D. José Petrirena y D. Joaquín La Llave. El salón se hallaba ocupado por numeroso público.

Abierta la sesión por el Sr. Subsecretario de Trabajo, concedió la palabra a D. Severino Aznar, que desarrolló el tema

Marv y la Política Social.

Hemos venido hoy—comenzó diciendo el Sr. Aznar—a rendir el tributo de un recuerdo agradecido a la memoria del Excmo. Sr. General D. José Marv.

Fué una figura prócer, un hombre cumbre, de los más eminentes que España ha producido en un siglo; fué Presidente del Instituto Nacional de Previsión y su escudo, y para sus funcionarios, como un padre; murió, hace cinco años, en el Madrid rojo de la persecución, y el Instituto aun no le había dedicado el homenaje de su gratitud. Para él era una deuda; hoy viene a pagarla, y me ha dicho: “Quiere usted llevar nuestra voz? Ha trabajado junto a él cerca de treinta años. Los dos han sido dos descontentos, un poco rebeldes de la sociedad que se encontraron; los dos han andado complicados en las mismas o análogas andanzas encaminadas a reformarla. No podra recordrnoslas? Le oramos cómo la evocación de un padre que murió en nuestra ausencia o con el orgullo ingenuo con que oramos el romance de un soldado que volviera del frente y nos contara hazañas de un sr querido.”

El Patronato de la “Fundación Premio Marv”, al que tengo el honor de pertenecer, me ha dicho: “Lleve también nuestra voz. A ese homenaje queremos añadir el nuestro. En ese día repartiremos los premios de la Fundación Marv, que son un homenaje perpetuo a su memoria. l los da, y por eso podemos imaginarnos que ese día estará más cerca de nosotros y que nos or mejor desde el más allá.” No s cal ha sido más grande: si el desacierto de ellos al elegir tan pobre portavoz, o la inconsciencia faciltona ma en presumir que podía serlo con un poco de la alteza que instituciones tan beneméritas tienen derecho a esperar. Pero esa es la explicación de mi presencia aquí, y contar algo de los esfuerzos poderosos de Marv en la reforma social de España es la misión que en breve tiempo debo cumplir.

I

El hombre. De los *ltimos meses* del General s muy poco. Estaba muy lejos. A él le sorprendió nuestro alzamiento en Madrid, y parece que en los primeros meses se dió cuenta de la lucha tremenda que estaba destrozando a España. Macbeth, al asesinar al Rey Duncn para sucederle, oa retumbar en su conciencia una voz que le decía: “Macbeth, has matado al sueño.” Cuando Marv supo que la chusma marinera había

asesinado a sus Jefes, lo condenó desolado con una frase de análoga grandeza. Increpaba en su soledad a los rojos y les decía:

“Creiais haber asesinado sólo a vuestros Jefes. No; habéis matado a la técnica.”

Y al enterarse de un desastre rojo, creo que el de Brunete, dicen que exclamó violento y gozoso:

“¿Lo veis? Mataron la técnica y la técnica se venga de esos miserables.”

Mientras conservó la lucidez de su razón, conservó también esa optimista esperanza.

Pero en los últimos meses su familia logró aislarlo o Dios le dió el consuelo de ir poco a poco apagando la luz del entendimiento para que no comprendiera el horror que le rodeaba. A pesar de haber sido siempre un tenaz defensor de los obreros, los obreros hozaron su hogar con registros repetidos.

“¿Qué quieren esos hombres?”, preguntaba tranquilo a sus sobrinas. Esa era la única reacción que le sugerían los registros de la milicianada, tan insolentes y erizados de peligros.

¡Ay! Los viejos no morimos de una vez; morimos un poco todos los días. Un día nos decimos: “No oigo bien.” El oído ha muerto parcialmente. Otro advertimos que hasta con lentes vemos mal. Los ojos se van apagando, van muriendo. ¡Qué memoria tan fatal!, decimos otro. Mi memoria, un día fiel y tenaz, no tiene ya fuerza para retener hechos, nombres ni ideas. Muere un poco. La imaginación, que nos alegraba la vida sorprendiendo relaciones inesperadas entre el mundo físico y el espiritual y ofreciéndonos imágenes y color con que dar alegría a nuestra “palabra”, un día se desvanece como huésped que se despide; no, como algo que muere. La sensibilidad interna, fragua de donde salían en tumulto las chispas de nuestros amores o de nuestros odios, de nuestros entusiasmos o de nuestras indignaciones, un día la vemos, como helada, como cubierta de una costra irritante de escepticismo o de un poco alelada indiferencia. Es como si todas esas puertas que el cuerpo tiene abiertas al espíritu para ver y sentir el mundo se fueran poco a poco entornando y dejándonos en triste penumbra. Es como si todas esas facultades anímicas fueran luces encendidas de una alegre luminaria y el frío soplo del tiempo se divirtiera en ir atenuando su resplandor, en ir apagándolas poco a poco. Y ese poco a poco es la muerte parcial, que lentamente va tomando posesión de nosotros.

Pocos han resistido como Marvá esa acción lenta, devastadora de los años. Yo os recordaré luego el discurso que pronunció a los ochenta años, y en él veréis inteligencia poderosa, imaginación fresca, memoria juvenil, brío espiritual. Pero desde esa edad comenzó visiblemente a bajar la pendiente y a mo-

rir un poco cada día. Desde esa fecha, ¿dónde estaba ya la apostura arrogante, desafiante, de guerrero del “Cuadro de las Lanzas”, que le conocieron los viejos de hoy? ¿Dónde aquella voz, siempre reposada, pero enérgica y vibrante, como de arena militar? ¿Dónde aquella imaginación que, con asombro nuestro, encerraba las teorías en líneas y en gráficos y que hacía a sus ideas posarse y balancearse sobre flores de imágenes y metáforas, que no iba a cortar en los valles floridos del arte, sino que las arrancaba arriba de las ásperas canteras de las matemáticas o de las ciencias que cultivó? ¿Dónde aquella mirada, en la amistad candorosa como la de un niño, pero que, encendida por la pasión, penetraba y refulgía como un puñal desnudo? ¿Dónde aquel su paso firme y marcial y aquel su carácter entero, un poco fiero, rígido como vara de hierro? El prodigio de su memoria, disciplinada por un misterioso método nemónico, con el que logró darle una elasticidad de maravilla, ¿dónde estaba ya en los últimos años de su vida? ¿Dónde la riqueza pródiga de sus hallazgos intelectuales y de sus iniciativas audaces?

Estuvo doce años muriendo, viendo apagarse poco a poco las luces de sus portentosas facultades. Y Dios le concedió que en las últimas semanas de la tragedia madrileña, que aún le envolvió, se fuera apagando la última luz que alumbró potente aquella vida, la de su entendimiento. Y así, no se despeñó, sino que resbaló suavemente hacia la eternidad.

¿Y de su vida moral? Y del cristiano, ¿qué se puede decir?

Uno de sus biógrafos, el que mejor le conoció, pensador como un ensayista, escritor como un clásico, observador como un psicólogo de profesión, veraz como debe serlo un cristiano, nuestro compañero querido y llorado mártir Álvaro López Núñez, ha escrito una biografía de Marvá, que es un pequeño monumento levantado a su memoria, hace dieciséis años. Después de estudiarlo como militar, como patriota, como hombre de ciencia y como reformista social, hacía de Marvá la magnífica semblanza moral que vais a oír:

“Con valer tanto los méritos que quedan indicados, aun valen más las virtudes morales de Marvá, que forman una vida de ética superior digna de ser ofrecida a la admiración pública como ejemplo de buenos ciudadanos. Marvá es hombre de sólida piedad religiosa: obra siempre por principios, según las normas de moral cristiana. Pasa por el mundo haciendo bien, como el Divino Maestro, y tomando sobre sí, para unirlos a los propios, los dolores de los demás. Con ser por ello “Varón de dolores”, sabe sobreponerse a las humanas amarguras, y se muestra, ante todo, sereno y jovial, “con alegría de la buena conciencia”, como se dice en el libro de la *Imitación*. Es persona de fino trato, de dulce y amable condición y de apostura gentilísi-

ma, que no desentonaría en el primer plano del cuadro de "Las Lanzas". Se acerca ya a los ochenta años, con un rostro lleno de vida y de expresión, y, lo que vale más, con un corazón henchido de ilusiones como en la más lozana juventud. Es optimista, como lo son los hombres buenos y laboriosos, pues el pesimismo no es frecuentemente otra cosa que la máscara de la propia indolencia e incapacidad."

Y del hombre no puedo hoy decir más.

II

La obra social Me han pedido que estudie la obra social del General, y aunque creo que ha dado sentido social a casi todas las actividades de su vida, que ha sido social en el cuartel y en su hogar, como en las construcciones que el Ejército le encomendó y en las misiones científicas que con tanta fortuna ha realizado en España y fuera de España, el *homo socialis*, el hombre social que había en él, se reveló principalmente en la colaboración que prestó a tres grandes instituciones del Estado: primero, en 1902, al Ministerio que entonces se llamaba de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas; segundo, desde 1903 a 1904, al Instituto de Reformas Sociales; finalmente, al Instituto Nacional de Previsión, desde 1913 a 1934. Creo que en el Ministerio de Trabajo sólo hizo ya continuar y afinar la obra antes iniciada.

Loca pretensión sería querer contar en pocos minutos los problemas que estudió, los trabajos que realizó, los informes y Reglamentos que dictó, los proyectos de Ley en que colaboró, los folletos o libros que publicó, los mil discursos que pronunció y los criterios doctrinales en que se inspiró. Eso, en un libro extenso.

Yo sólo voy a destacar el servicio o los servicios más preeminentes que, desde cada una de esas entidades, prestó a España.

En el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio.— Fué la primera el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas. En 1902, el entonces Ministro, D. Félix Suárez Inclán, quiso poner un poco de orden en él y llamó al General Marvá para que se hiciera cargo de la Jefatura de la Sección de Industria y Comercio. Estaba entonces entregado a las tareas del Laboratorio de Ingenieros, de reciente creación, y no quiso aceptar. Apeló Suárez Inclán al Ministro de la Guerra, General Weyler, para que le ayudara a vencer la resistencia de Marvá, y aceptó éste, al fin, el nuevo cargo, aunque con la condición de que se le permitiera renunciar a toda remune-

ración. Marvá organizó aquella Sección, y la Real orden que impuso aquella organización, y que el General redactó, tuvo inmensa importancia, porque en ella están ya las ideas directrices de gran parte de la reforma social realizada posteriormente.

Las dos grandes iniciativas de Marvá son éstas:

Una, la recomendación de una moderada economía dirigida como la que hoy el Nuevo Estado y gran parte de los Estados modernos practican.

“El Estado—decía Marvá—no puede ser agricultor, industrial ni comerciante; pero está obligado a proteger y amparar las iniciativas individuales en la lucha económica internacional...” Para eso es preciso catalogar todas las industrias y conocer su estado de prosperidad o decadencia; investigar si su producción está en armonía con las necesidades del país y descubrir los mercados posibles a la salida del exceso; analizar las condiciones actuales de cada industria, calculando su probable desarrollo en lo futuro; precisar las causas que actúan en el atraso de las existentes y en la ausencia de otras que podrían implantarse; coste de los productos y de su transporte; adquisición de primeras materias; relaciones comerciales con otros países; influencia del sistema tributario de los Aranceles y de la competencia extranjera, etc... (1).

Marvá se anticipó a su tiempo, y hace cuarenta años, en un ambiente de franco liberalismo económico, recomendó lo que ahora se considera como imposición del progreso.

La otra gran iniciativa de Marvá en aquel Ministerio fué la creación de la función inspectora, en cuanto se refiere a la reglamentación del trabajo. Por primera vez habla el Estado de ella y Marvá establece ya entonces los principios fundamentales de esta gran función del Estado. Desde entonces fué esa una de las más hondas y perseverantes preocupaciones, y la fundaba, como se dice después, en una perspicaz observación de psicología colectiva, en el convencimiento que tenía de que España era entonces anárquica y desatinadamente hostil al bien común y a toda ley, y más a las que imponían cargas económicas y trabas a que cada uno pudiera hacer lo que quisiera. Inútil iba a ser por eso dar leyes que reglamentaran o tutelaran el trabajo, si no se procuraba su cumplimiento, y no había esperanzas de conseguirlo sin una fuerte y adecuada inspección. Y lo que no pudo lograr en aquel Ministerio, su tesón lo consiguió desde el Instituto de Reformas Sociales, que desde sus comienzos le pidió su colaboración.

En el Instituto de Reformas Sociales. — Dice López Nú-

(1) Real orden de 2 de octubre de 1902.

ñez que “Marvá fué siempre una de las más firmes columnas del Instituto. Para esta labor social tenía condiciones excepcionales. Era la primera su natural bueno y generoso, que le hacía apto para sentir como propios los dolores y las inquietudes de los demás, mediante un profundo sentimiento de solidaridad, que no es otra cosa que fraternidad cristiana. Ciertamente que los problemas sociales no se resuelven con movimientos afectivos, ni son siempre problemas de caridad o de filantropía, sino más de justicia y economía, que en la razón, más que en la sensibilidad, han de hallar cimiento; pero es evidente que estas cuestiones que afectan al derecho de los humildes, frecuentemente menospreciados por los poderosos, se comprenden mejor y se llevan por mejor camino por los hombres sentimentales: Marvá es uno de ellos. Aportaba además Marvá al campo de la actividad social su profundo conocimiento de la técnica ingenieril, que le había dado una gran competencia en las materias relacionadas con la vida industrial, y no era pequeña ventaja, para tratar los graves asuntos de las reformas sociales, el frecuente trato que Marvá había tenido con patronos y obreros en la larga práctica de proyectista, director y organizador de construcciones. En pocos podría encontrarse tal suma de elementos aprovechables para el estudio y la resolución de los problemas que afectan al mundo del trabajo; y así, los proyectos de reglamentación de la actividad social y de las relaciones entre patronos y obreros fueron todos sometidos a la garantía de su ciencia y de su experiencia. Marvá, allí, no era sólo un espíritu teórico, aleccionado por el estudio de libros y revistas, que no es poco, sino también un hombre de realidades, formado en la práctica de muchas disciplinas que con la vida social se aparejan; dispuesto siempre a la acción, con exuberante dinamismo, no retrocedía ante ningún obstáculo. No sólo estudiaba los asuntos en el gabinete, sino que los llevaba a la observación y a la experiencia objetivas. Visitaba al efecto fábricas y talleres, frecuentaba las reuniones obreras y patronales, realizaba viajes nada cómodos, como los de las minas, y desempeñaba con la mejor voluntad del mundo las comisiones más difíciles y costosas, como las que se encaminaban a poner paz en los conflictos del trabajo, apreciar condiciones de seguridad, reconocer obras peligrosas, calcular resistencias y otras de análogo linaje. Así, hubo de visitar las minas de Ríotinto, y las de Villanueva, y las de Almadén, y las de la cuenca Asturiana, y las ruinas del tercer Depósito del Canal de Isabel II, después de la catástrofe de su hundimiento, y los establecimientos de la industria panadera de Madrid, y los centros siderúrgicos y metalúrgicos de Vizcaya, y los textiles de Cataluña y Béjar, siempre en contacto con la realidad viviente y atento a las más íntimas

palpitaciones de ella... ¡Y aún dirán los enemigos de la reforma social que esta es pura teoría imaginada por los ideólogos, que no conocen otra realidad que la de los libros!” (*Marvá: Biografía y bibliografía*, López Núñez, pág. 24-25.)

Pero el mayor servicio que prestó a España desde aquel Instituto fué el haber hecho posible en ella la aplicación de las *Leyes sociales*. En una ocasión, un alto e inteligente funcionario del Instituto Nacional de Previsión que me está escuchando, recibió la comisión de ir a Alemania a estudiar sobre la realidad uno de los problemas que nos estaban inquietando. Habló con los técnicos alemanes, y en un momento de la discusión dijo a uno de ellos:

“Bien; pero ¿qué enorme gasto de inspección será necesario para cortar tanto fraude posible de los que se resistan a ese Seguro?”

El alemán se le quedó mirando, como si no lo comprendiese, y le contestó:

“Un gasto despreciable. ¿No partimos del supuesto de que será un Seguro obligatorio? Si lo manda la Ley, ¿cómo van a resistir?”

Nuestro compañero calló, pensando con pena en España. Vió que los Seguros sociales alemanes apenas necesitaban inspección, porque allí se sentía respeto a la Ley; y sabía muy bien que en España, sin una inspección costosa, entonces no era posible el Seguro social, porque, en general, el español no sentía respeto a la Ley y si le molestaba, no buscaba el medio de cumplirla sino el de burlarla. El alma externa de la sociedad es el bien común a cuyo servicio está la Ley, y entonces nadie pensaba en servir al bien común. España estaba sin alma; y cuando José Antonio daba la consigna memorable que, ¡ay!, se cumple hoy tan poco, de que había que sacrificar el bien individual, y aun el familiar, y el profesional, y el de clase, y el de región, al bien nacional, a la Patria, lo que se proponía era devolver a España el alma que había perdido. Y en la medida en que esa consigna se cumpla, España la rescatará.

Contra ese ambiente hostil a la Ley y ese ambiente de menosprecio insolente al bien nacional comenzaron a darse Leyes en España, y Marvá vió pronto que ahí estaba el golfo perdido en que iban a naufragar; y, para llevarlas a puerto, ideó los artilugios más hábiles y eficaces. Uno de ellos, el principal, fué recordar su anterior iniciativa frustrada; crear un Cuerpo de Inspectores que, junto al conocimiento de la vida del trabajo y de sus Leyes tutelares, fueran maestros que enseñaran, pacientes y con espíritu de apostolado, el sentido moral, los motivos de justicia y las promesas de paz de aquellas Leyes, aconsejando, amonestando y enseñando, empero, el látigo de las

sanciones antes de descargarlo sobre los infractores recalci-
trantes y de mala fe. He aquí consignas que daba a sus Inspec-
tores. López Núñez dice que tienen el estilo sentencioso y lapi-
dario de las Ordenanzas militares:

“La neutralidad es la mayor fuerza del Inspector, porque,
colocado entre patronos y obreros como entre dos topos, sería
cogido por ellos si, abandonando la línea neutra, se inclinara
a uno u otro lado..... Tutelar al obrero no es prohibir sus
exaltadas reivindicaciones, sino ejercer la procura de sus dere-
chos sin menoscabo de los del patrono. La ignorancia ambien-
te es el enemigo más temible; la elevada finalidad humanitaria
y progresiva de las Leyes tutelares no ha sido aún comprendida
por todos los patronos. La penuria de las clases proletarias es
un adversario irreductible, porque, roto el equilibrio entre el
precio del trabajo y el precio de la vida, las víctimas de ese
desequilibrio pugnarán por restablecerlo, aun a despecho de
todas la Leyes. Cuando la miseria invade la comarca y el jornal
no basta para el sustento de la familia, el padre acepta la jor-
nada ilegal, la madre soporta el trabajo nocturno, y ambos pi-
den para sus tiernos hijos un hueco en el obrador a trueque de
algunos céntimos que acrezcan el haber conyugal. De este
modo se plantea al Inspector el triste deber de velar por una
adolescencia que, o se atrofia por el trabajo de la fábrica, o se
atrofia por el hambre del hogar.....

“Ante los patronos de buena fe cabe indulgencia y toleran-
cia, encaminada a demostrar que la Inspección no actúa sólo
como un instrumento coercitivo. Pero ante las resistencias ten-
naces y la hostilidad sistemática de los patronos resueltos a
violar las Leyes, el Inspector ha de emplear la mayor severi-
dad para hacerlas cumplir y no dejar indefenso al obrero.
Para tratar con los obreros, recomienda granjear su adhesión
por el trato afectuoso; intuir en sus rudos cerebros la letra y
el espíritu de los Reglamentos; atender con paternal solicitud
sus reclamaciones; defenderlas cuando sean razonables; fre-
narlas cuando envuelvan demasía; amparar al débil, resistir al
fuerte; ilustrar con el consejo; argüir con la Ley; cumplir, en
fin, con energía y paciente longanimidad, su noble apostolado,
a la vez tuitivo y educativo.”

Todas estas instrucciones, consignas tuyas son. El Cuerpo
de la Inspección, criatura tuya fué, que dieciséis años después
se aplaudió y se intentó copiar en una de las Conferencias In-
ternacionales del Trabajo, de Ginebra, para aplicarla a las cin-
cuenta y tres naciones allí representadas. No es que el cumpli-
miento de las Leyes sociales haya llegado nunca a la perfec-
ción: no ha llegado ni aun ahora; pero se puede asegurar que
en la España de entonces, desmedulada y sin alma, esas Leyes

sociales tutelares hubieran servido de irrisión y hubieran tenido el fracaso más irremediable. Pensad que todas ellas imponían a millares de patronos cargas inesperadas y restricciones a su autoridad, que consideraban insolentes asaltos a su derecho de propiedad. Su psicología no estaba hecha para ello, y Marvá la hizo con flexibilidad hábil, con energía justificada y con inteligencia que sabe a dónde va y por qué va, y con una voluntad, más que enérgica, tenaz, dispuesta a vencer paciente los obstáculos que le salgan al paso.

En el Instituto Nacional de Previsión.—En el Instituto Nacional de Previsión era una gran figura, que inspiraba veneración y respeto. En él representaba al Gobierno, y ante el Gobierno respondía de las operaciones y funciones de nuestra Institución, de vida cada vez más pujante, compleja y difícil. Para el Gobierno, su competencia y rectitud eran la máxima garantía. Mientras Marvá no diera la voz de alerta, podía estar tranquilo. Era, a la vez, Presidente del Consejo de Patronato y de su Junta de gobierno, y bajo su presidencia se discutía y se acordaba todo, desde el más modesto suministro de material hasta la más elevada discusión de un proyecto de Ley. Él representaba al Instituto ante los Ministros, y con ellos discutía las iniciativas que ellos le proponían o que a ellos les proponía el Instituto. Oía a las Comisiones, seguía la tarea de las Asambleas y de las Ponencias, recibía a las altas personalidades de España o del Extranjero que venían a visitar la Institución, y vestía el cargo con el más alto decoro.

Su formación científica y matemática le llevó a conservar en los Seguros sociales el más alto respeto a la ciencia actuarial. Con Maluquer repetía con frecuencia: “Las matemáticas se vengan cruelmente de aquellos que las menosprecian. El Instituto debe tener la obsesión de la solvencia.”

Pero el servicio más eminente que le prestó fué el de actuar de dique contra las corrientes turbias, que más de una vez estuvieron a punto de arrasarlo. Su autoridad, su gran prestigio, eran el pararrayos del Instituto.

Varias veces han estado a punto de hacerlo zozobrar y, ante el imponente prestigio del General, se estrellaban, como ante la roca las olas. Los que buscaban la muerte o la esterilidad del Instituto tomaban, según los tiempos formas hábiles diversas; pero todas ellas se reducían a tres. Eran los patronos, que se resistían, irritados, a contribuir con sus cuotas a conservar la vida de los obreros que caían en el camino sirviéndoles a ellos y amasando sus fortunas, y tiraban su dardo, unas veces, desde una Confederación patronal; otras, desde unas, al parecer pacíficas Cámaras Agrícolas; otras, filtrándose en un Congreso científico profesional y disparando desde unas aparentemente técnicas e

inofensivas conclusiones. Eran Instituciones concurrentes que, más o menos clandestinamente, minaban los cimientos del Instituto, porque, desaparecido éste, se imaginaban que las grandes masas obreras acrecerían su clientela y sus dividendos. Eran, en fin, profesiones dignas de todo respeto, en las que algunos profesionales encumbrados veían, en algunos Seguros sociales que proyectaba el Instituto, una mengua de su autoridad y de sus ingresos. Y siempre, en el fondo, por bajos instintos de interés, de los que no se pueden confesar en voz alta con decoro. Para que se vea la coraza que el Instituto encontraba en la autoridad del General, bastará contar cómo ante ella se rompió una de las más terribles ofensivas a que aludi.

Un día, el Jefe del Estado llamó al Dictador, General Primo de Rivera, y le dijo:

“—El Instituto Nacional de Previsión es innecesario y caro. Estúdielo y verá que tiene sustitución más económica y eficaz.”

“—Lo estudiaré”, contestó el General, no sé si con bueno o mal humor. E inmediatamente encomendó la preparación del estudio al General a quien había asignado las funciones que antes tenían los Ministros del Trabajo. Pero cuando se le indicó que al frente del Instituto estaba el General Marvá, dijo a su colaborador: “Marvá es demasiado serio y demasiado recto para dar su nombre a una Institución inútil que merezca la muerte. Estúdielo con cuidado y con respeto, pues me temo que en todo esto haya muy buena fe, pero muy mala información.”

Para su estudio, Marvá dió todas las facilidades deseadas. El Gobierno nombró sus técnicos, a disposición de los cuales trabajaron los del Instituto, y cuando lo hubo terminado, el General colaborador del Dictador le dijo:

“—Ya sé del Instituto Nacional de Previsión cuanto hay que saber.

—¿Y qué?

—Que arriba están lamentablemente informados; que es una Institución sólida, que presta grandes servicios y puede prestarlos aún mayores; que su desaparición sería recibida como un agravio a las clases obreras, y que sólo pueden desearla los enemigos de la Monarquía.”

El Dictador oyó pacientemente sus largas explicaciones; leyó su informe, y, una vez convencido, dijo a su colaborador: “Usted lo defenderá en Consejo de Ministros.”

Al salir de él le abrazó y le dijo jovialmente: “Ha tenido usted hoy el máximo de puntos. No hay ya quien se meta con el Instituto Nacional de Previsión. Y no sabe Marvá el peligro de que lo ha librado con su nombre, tan limpio y tan cargado de méritos y de autoridad.”

Lo mismo en los otros trances difíciles por los que el Insti-

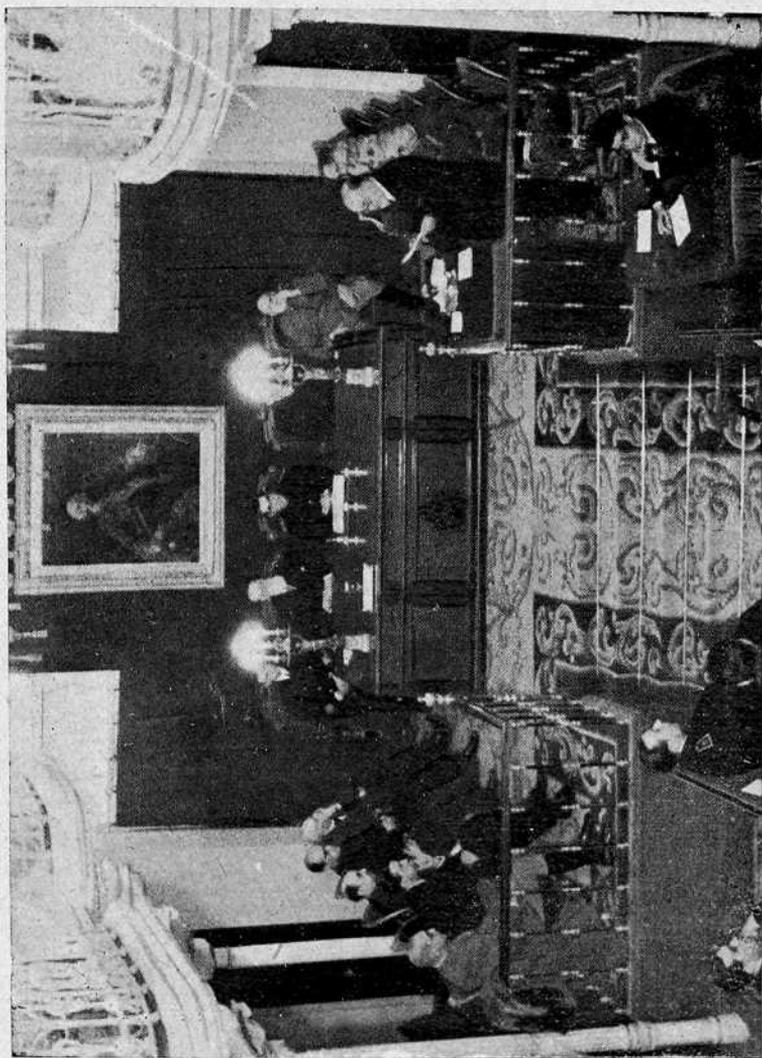
tuto pasó durante su presidencia. ¿Habría hoy Instituto sin él? Las clases obreras le deben el pan en sus infortunios, y pocos merecerán más su gratitud; pero los que trabajando en él nos hemos ganado u os ganáis honradamente la vida, ¿lo podemos olvidar?

El año 1934, la política hizo invasión tormentosa en el Instituto. Marvá era la cumbre, y sobre él cayó el rayo. Fué destituido de la presidencia, que con tanto decoro y éxito había estado desempeñando durante veinte años. La República, sin embargo, quiso endulzar su destitución nombrándolo Presidente honorario. No necesitaba dulzuras ni zalemas; recibió el golpe con entereza y resignado, pero con melancolía, y de esa melancolía están empapadas las palabras con que entonces, al dar posesión a su sucesor, se despidió de nosotros: "Cuando un ser afectivo—nos dijo—vive más de veinte años en un hogar, compartiendo con seres queridos fatigas y amarguras y satisfacciones, para él ese hogar es su vida espiritual, y el apartamiento de él es el eclipse de su vida."

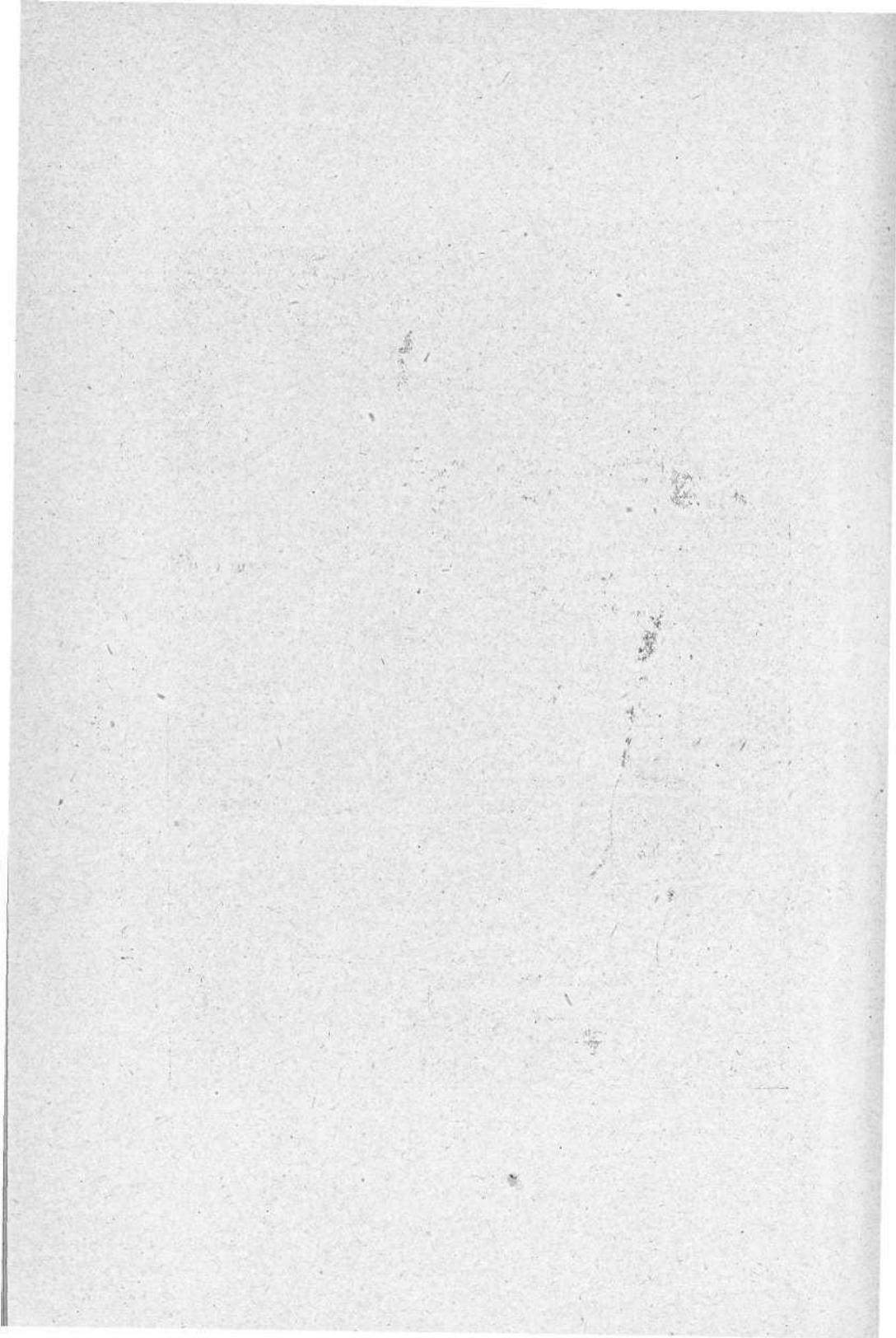
Y así fué. Allí se eclipsó, allá feneció su vida pública.

Y para que nosotros no sintiéramos el triste pesimismo que ensombrecía su alma, entonces mismo desveló una vez más ante nosotros la alta misión que para el porvenir de España tenía el Instituto y los nobles motivos que pedían y debían estimular nuestro celo y entusiasmo al prestarle nuestra colaboración. Fué su última lección, el último canto del cisne. Quiero recordarla aquí, porque así podréis haceros la ilusión de que ois su voz, entonces ya tan cansada y, como siempre, tan paternal.

"Y ¿cuál es el alma de la previsión?—nos decía—. La fuerza de la cohesión. Y esa fuerza de cohesión existe felizmente en el Instituto. La acción individual, en la vida social, es lo que en la máquina de vapor la vesícula microscópica encerrada en la caldera. Ella sola no tiene poder motor; pero, sumada con otras, produce presiones de muchas atmósferas, y, destacada y conducida al cilindro, mueven, por expansión, el émbolo engendrador de grandes fuerzas motrices. El alma de la previsión es esa fuerza cohesiva. A esa cohesión, a ese concierto de las partes para formar el todo, se debe cuanto en la vida y en la naturaleza representan fortaleza y energía. Esa razón de afinidad se advierte, a través de las edades, en la virilidad de los pueblos y en la conservación de las razas: ella mantiene la estabilidad de los cuerpos en el orden físico y la integridad de los mundos en el orden cosmogónico; ella se palpa en la argamasa de los recios pilares y en los cimientos que afirman las gigantescas construcciones; ella suelda el feldespato, el cuarzo y la mica, para hacer indestructibles los moldes de granito; ella conjuga las fuerzas centrípeta y centrifuga, para regular las ór-



Homenaje a la memoria del General Marvá (2-III-1942) en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.



bitas estelares, y lo mismo se muestra en las concertadas acciones de asimilación y desasimilación fisiológicas, que en fórmula de equilibrio de la vida universal.”

“Y conste que el desarrollo de la previsión, en sus variadas fases, es obra más necesaria entre nosotros, en nuestro territorio, por la característica imprevisora o irreflexiva de la raza; por nuestra indiosincrasia nacional, más inclinada a esperar apáticamente que a elaborar con ardimiento; más crédula en los quiméricos favores de la lotería que en las efectivas determinaciones del trabajo y de la constancia.”

“Ved por qué, al trabajar por dar vida y fuerza a la previsión popular en nuestro suelo, habéis realizado y realizáis una tarea de la más elevada significación patriótica.”

III

El «Premio Marvá». **Origen.**—No podemos olvidarlo. Y la fundación del “Premio Marvá”, uno de los motivos que hoy nos han reunido aquí, nos lo recordará ya siempre. Ya sabıs lo que es y cuál fué el origen de su fundación. Yo lo contaré a mi manera, como lo sé y lo imagino, y que me perdonen si los que lo saben mejor advierten alguna inexactitud.

Las crónicas cuentan que fué iniciativa de Aunós, entonces Ministro de Trabajo. No me extranaria que lo fuera. Marvá fué con él Director general de Trabajo y Jefe nacional de la Inspección. Aquel Ministro le dió la primera Medalla de oro del Trabajo. Aquí nos confesó que en todo buscaba sus consejos. Conocía su historia gloriosa, y lo había clasificado seguramente entre los que él llamaba “hombres centrífugos”, que sirven a todos por oposición a los hombres centrípetos, que, egoístas, se sirven de todos. “Hombres centrífugos — escribía Aunós — son aquellos cuyo desarrollo procede de dentro hacia afuera, como si la ley de su personalidad consistiera en arrancar de su propia entraña todo cuanto contiene de más puro y precioso para darlo generosamente a los demás hombres, enriqueciendolos y mejorándolos por un extraño y fogoso derroche del propio sér.... A esta familia pertenecen los altruıstas, muchos inventores, innumerables religiosos y todos los Santos.”

Sabia que Marvá era de éstos; y el homenaje, como un rendimiento de gratitud, pudo brotar en él espontáneo y gozoso; y si la primera idea no fué suya, seguro que la acogıo con regocijo y vehemencia.

Iba a cumplir Marvá los ochenta años. Después de dejar el Ejército como General, se enrolo en las milicias de la política

social del Estado como funcionario. Entró en ellas como técnico, pero pronto realizó hazañas que lo encumbraron. Fué también General, caudillo, hombre representativo, decoro y orgullo de aquellas milicias. Y aquel nuevo ejército, al que había dado nombre y prestigio, quiso proporcionarle una prueba de que no ignoraba cuanto le debía. Aprovecharía la ocasión de que el General iba a cumplir los ochenta años. Resolvieron contribuir todos con una aportación, y a ella añadieron otra las entidades en que prestaba servicio: el Ministerio del Trabajo, el Instituto Nacional de Previsión, las Cajas colaboradoras entonces autónomas, los Patronatos de Previsión, el Consejo del Trabajo... Pronto reunieron 25.000 duros. ¿Qué hacer con ellos? No había que pensar en entregárselos. Si hubiera sido un anglosajón, la costumbre lo hubiera autorizado. Un hidalgo español, altivo hasta en la pobreza, lo hubiera rechazado. Hubiera podido tomarlo como una limosna y, por tanto, como un ultraje. Opino que pensarían y discutirían varios destinos para su ingenua generosidad, y que, al fin, uno de ellos diría:

—Ya está. Ya sé en qué podemos emplearlos. ¿Cuál ha sido, en estos últimos veinte años, su preocupación más obsesionante? ¿No han sido la previsión y los problemas sociales? Pues vamos a dedicarlos a una fundación que perpetúe su nombre, a la vez que nuestra veneración. Ese es nuestro homenaje y el saldo de nuestra deuda. Y vamos a dedicar las rentas de esa fundación a estimular el estudio y las investigaciones de los problemas que a él han inquietado, premiando en concursos anuales los trabajos más sólidos que sobre ellos se presenten. Y eso hará el homenaje adecuado a las ilusiones del General, el que más nos agradecerá.

Primeras concesiones.—Poco después, el Ministro de Trabajo se presentaba ante una Notaría de Madrid y levantaba el acta de esta fundación del “Premio Marvá”, en la que se creaba un alto Patronato y se determinaba cómo había de cumplir los fines de la fundación.

En la inauguración estuvo el Dictador presidiéndola. Marvá parecía tener estrechos vinculos con la familia Primo de Rivera. El día que se inauguró la fundación “Premio Marvá” nos lo contaba él con ingenuo enorgullecimiento.

“—Tengo en casa—venía a decirnos—un sable que guardo como una reliquia. Lo gané siendo cadete en la Academia de Infantería. Fué un premio de honor para el que me propuso uno de mis profesores que ejerció influencia en mi vida. Aquel profesor era el Capitán Primo de Rivera, que más tarde fué Capitán General y primer Marqués de Estella. Y hoy viene a honrarme con su presencia su sucesor, el noble Dictador, segundo Marqués de Estella.”

El Dictador contestó:

“—Desde niño sentí la admiración que todos los jóvenes militares sentían por su eminente figura, y al terminar, por edad, su carrera, esta admiración creció al ver desplazarse sus iniciativas hacia los problemas sociales, hoy base y fundamento de las actividades nacionales.”

D. Miguel Primo de Rivera oía todos los domingos la Misa en el Ministerio de la Guerra, y a ella invitaba, como a una fiesta, a muchos de sus leales amigos. No sé que el General Marvá faltara a esa Misa ni un solo domingo.

Si hubiera conocido al tercer Marqués de Estella, a José Antonio, y hubiera estado en condiciones de valorar su potente, su milagrosa fuerza de captación de la juventud española, el impetu volcánico de patriotismo con que la hizo estallar, la gran lección de fe y de milicia, de vida ascética y militar que le hundió en el tuétano y que la levantó a las alturas de un legendario heroísmo para salvar a España, Marvá, tan ferviente patriota, tan sencillamente cristiano y tan sustancialmente militar, hubiera sido de los que mejor lo hubieran comprendido y de los que más apasionadamente hubieran seguido y bendecido sus huellas.

Cuando se otorgaban los premios, se le invitaba. Era para él una fiesta. A cada libro premiado podía decir: “Por mí has venido al mundo.” Cada problema, iluminado por el estudio investigador de los concursantes, ofrecía a su espíritu un nuevo amable paisaje intelectual, que le decía: “En tu nombre y por tus estímulos he sido descubierto.” Al acercarse el escritor a recoger su premio, la bondad iluminaba la faz anciana del General, y todos adivinábamos que una voz, en el silencio de su alma, le estaba diciendo: “Este continúa tu apostolado, y, cada año, uno o varios trabajarán el huerto que con tanto sudor fecundaste largos años.” El gozo se desbordaba en su pecho, y se preguntaba si él merecía honor y alegría tan grandes.

“El privilegio de los años—nos decía en una de esas sesiones—es triste; mas para mí está lleno de consuelos intensos y satisfacciones íntimas.”

Asistían, como hoy, personalidades eminentes, y como el día del Santo del pueblo, aquel día uno de ellos cantaba el salmo de las alabanzas. Él lo oía confundido, avergonzado, ruborizado. Y recordaréis muchos de vosotros cómo contestaba con aquella voz ya apagada y cansada, pero segura, con brevedad a la que él llamaba con frecuencia “la cortesía del orador”, y con una mirada impregnada de cariño, con la que parecía abrazarnos a todos.

“—No, no es esto un tributo a mis méritos, sino a mis años. En mi vida no hay largos años de méritos, sino el mérito de

largos años de servicios.” Otro año, el panegirico parecióle excesivo, y decía: “No volveré más.” Y queriendo frenar aquella admiración, que le emocionaba, pero que le parecía exagerada, nos decía: “No, no merezco eso. Pensad que he sido, a lo sumo, lente que recoge los rayos luminosos para formar foco algo potente; pero la vitalidad energética no está en la lente, sino en el foco luminoso, que crea y alimenta los rayos. Al foco, no a la lente, debéis dirigir esas alabanzas.”

Pero, temiendo que se le acusara de desabrido e ingrato, añadía: “Hace mucho años leí, en las *Partidas* de Alfonso X el Sabio, un pensamiento que me hizo impresión profunda, porque era ruda y exacta expresión de lo que yo oscuramente pensaba. El pensamiento era éste: “*La ingratitud es una de las más grandes maldades que ome puede hacer.*” Pues bien: yo os aseguro que no soy desagradecido.”

El “Premio Marvá 1941”.—En nombre del Patronato de la “Fundación Premio Marvá”, os anuncio que hoy, en este mismo acto, se va a entregar el premio del último concurso. Ya no está con vosotros aquella ancianidad, blanco de nuestra veneración; ya no oiremos su voz paternal; ya no enriqueceremos nuestra inteligencia con los pensamientos que lentos, pero segurísimos y resplandecientes, como gemas preciosas, fluían de sus labios; vosotros los afortunados que habéis merecido el premio, ya no tendréis el honor de recibirlo de sus manos. Pero imaginadlo vivo. Seguro que está en el cielo, y las almas liberadas de la cárcel de los cuerpos también se trasladan de lugar, y, según los teólogos, se trasladan pensando. Adonde trasladan su pensamiento, trasladan su sér. Hoy pensará en nosotros, y estad, por eso, seguros de que entre nosotros está como una sombra piadosa, como un aleteo gozoso, invisible, inaudible, inaccesible a los sentidos, pero con una presencia realísima y estremecedora para las almas que sienten cariño agradecido y tienen viva fe cristiana.

El Patronato ha estudiado los trabajos presentados, con su escasa ciencia, pero con su inmensa buena fe. Con ella ha otorgado el premio al trabajo que lleva por lema: “*Parentibus meis, magistris in vita et labore, hoc opus libentissime dico.*” Abierta la plica, ha aparecido premiado D. José Lledó Martín. En nombre del Patronato, le doy la enhorabuena. Su trabajo es serio, equilibrado y concienzudo. Se ciñe bien al tema. Conoce bien, a nuestro juicio, la profesión y la industria que estudia. Plantea netamente problemas económicos y sociales de los que las perturban, y abunda, sobre todo, en soluciones discretas. Es una obra buena y una buena obra. Enseña cosas muy útiles a esas multitudes que viven del mar, y “cuya profesión—dice él—puede ponerse como ejemplo de constancia en el esfuerzo,

de serenidad en el peligro y de temple en el sufrimiento”, y puede sugerir al Estado y a la acción social orientaciones provechosas. El Patronato se complace en añadir estos elogios al premio que luego recibirá.

Otro trabajo ha merecido también nuestra atención. Plantea igualmente problemas del mar y propone soluciones, aunque, a nuestro juicio, no conoce, como el anterior, la vida del mar, la profesión y la industria pesquera. Pero revela esfuerzo considerable, conocimientos económicos y da algunas soluciones que pueden ser, más o menos tarde, de alguna utilidad. El Patronato, por eso, ha querido hacer del autor, D. José Mallart, y de su trabajo, Mención honorífica, e igualmente se complace en darle la enhorabuena.

Y esto es también homenaje a la memoria del General Marvá. Homenaje que se repetirá muchas veces, ¡ojalá que todos los años!; que será perpetuidad de la estela de admiración que alumbró en los que conocieron su ingente obra; que será impulso de las inteligencias investigadoras y creadoras, y así el surco de luz que él abrió se prolongará a través de generaciones. Cada libro premiado irá diciendo: “Por Marvá nació.”

Los que lo lean y aprendan, podrán decir: “Sin Marvá no lo hubiera aprendido.”

Y eso lo ha hecho quien sólo conoció una “argentea mediocritas”, que vivió al día y no ha dejado fortuna.

No dejó fortuna; pero dejó un modelo ejemplar para las futuras generaciones. Laboriosidad incansable, y en el trabajo su placer, preclara inteligencia, pureza de intención, finura ética extremada, hondo sentimiento religioso, patriotismo vibrante, alta temperatura españolista, ansia noble de gloria en el servicio fundada, vida de inacabable servicio, viril protesta contra toda injusticia, conmiseración por los oprimidos, repulsa a lo indelicado e inelegante, fácil a las reacciones violentas, pero sin capacidad alguna para el rencor, con un morboso sentido de la rectitud, mezcla de matemático y de lírico; todo eso fué Marvá y por todo eso se le recordará siempre, siempre.

Aparisi y Guijarro, que ha sido un gran forjador de frases felices, ha escrito: “Las claras inteligencias y los buenos corazones son la aristocracia de Dios.” En este sentido podemos decir llanamente, y creo que sin sombra de irrespetuosidad, que Marvá fué un “aristócrata de Dios”.

Porque el resumen de toda su vida fué eso: una clara inteligencia, un buen corazón.

Seguidamente, el General D. Salvador García de Pruneda hizo uso de la palabra para disertar sobre

Marvá y su vida militar y docente.

El Patronato que regenta la Institución llamada Fundación del Premio Marvá me ha hecho el honor de acordarse de mí para hablar en esta solemne ocasión, y es obligada cortesía empezar por darle las gracias; pero esta cortesía no es pura fórmula: es la expresión de la pura verdad. En mi agradecimiento está incluido bastante temor, porque no estoy habituado a hablar en ocasiones parecidas a la que ahora se me brinda. Me impone respeto la memoria de la persona de la cual voy a hablar. Y también, y muy grande, el sitio en que hablo, porque en esta Tribuna se han desarrollado materias a las cuales es ajena por completo la actividad de mi espíritu.

Hablando aquí, en esta ilustre Academia de Jurisprudencia, maestra del Derecho y profesora de jurisconsultos, debo empezar mi disertación por dirigir respetuoso recuerdo al Presidente que tuvo en el momento de estallar el Glorioso Movimiento Nacional, que fué el protomártir D. José Calvo Sotelo, maestro de casi todos vosotros, maestro de España; y empiezo por decir, con emoción, que no procuro contener, porque sale del corazón, acompañando a la inteligencia, pero privando el corazón: ¡José Calvo Sotelo! ¡Presente!

El Comandante Marvá.—Su figura evoca en mi memoria recuerdos desde la niñez, porque, apenas empecé a vestir el uniforme militar en aquella vieja Academia General Militar, de la cual yo fui alumno, Academia precursora de la que después fundó nuestro ilustre Caudillo, ya entre los elementos docentes se hablaba del Comandante Marvá; y cuando, poco después, me puse el uniforme con los castillos de plata, oía su nombre frecuentemente.

Como está muerto y no puede dar ya prebendas ni sinecuras, en mis palabras no cabe adulación, sino justicia, y más ha de resplandecer la justicia por el ambiente en que hablo en esta Academia y esta tribuna de oradores del Derecho y de la Ley.

Su vida militar empieza pronto. Era muy joven, el año 69, cuando, acabados los estudios en la Academia de Ingenieros, marcha, con su compañía, a la guerra carlista en Levante, y por su distinguido comportamiento en el primer hecho de armas en que toma parte, obtiene ya recompensas en campaña.

Para formarse cabal idea de la labor de Marvá en la época que sigue, necesario es pensar en la vida gris que por entonces

se vivía, sin aspiraciones ni horizontes, con la sola preocupación de vivir el día. España, en realidad, no *era*; y, pese a ello, se pone al trabajo, y en una labor tan delicada y ardua como era la función docente. Surge el maestro; y en cuanto, acabada la guerra civil, renace la paz, y con ella la tranquilidad de los espíritus, y las fuerzas del trabajo empiezan el adelanto material de la Nación, sospecha que los medios de transporte han de constituir, en lo sucesivo, elemento de vida indispensable a España, y estudia la tracción del vapor, metiéndose de un modo material a fogonero y maquinista en las locomotoras, y bien pronto aparece la primera obra suya, *La tracción en las vías férreas*, obra cumbre en su tiempo y primera, en su género, del idioma español.

Pasa en seguida a profesar la Mecánica aplicada; y, poco tiempo después, aparecen dos trabajos suyos: uno, muy importante, sobre *Las cerchas sin tirantes*, que alabó extraordinariamente el Ingeniero de Caminos Sr. Saavedra, diciendo que era un capítulo de una obra que todavía estaba sin publicar, que era necesaria para todos los que estudiaban Construcción en España, y añadía que, para escribirla, nadie estaba más capacitado que Marvá.

El año 88 aparece este libro *Mecánica de las construcciones*, primera obra, en su tipo, escrita en castellano, ya que hasta entonces sólo había datos fragmentarios y artículos dispersos, pero sin unidad de doctrina y de disposición; y el éxito de esta mecánica está demostrado, porque, pese a la poca difusión que, por desgracia, ha tenido nuestro idioma en las disciplinas de las Ciencias Exactas, han llegado a hacerse de ella cinco grandes ediciones. Decía el mismo Saavedra, con frase precisa: "Cábeme en la composición de este libro cierta responsabilidad que, lejos de abrumarme, me envanece."

Aunque remozada la obra repetidas veces, siempre conserva su misma estructura y sus mismas características, y esto hizo que por ley de la vida envejeciera, tal vez pronto, en el curso del tiempo; mas no hay que olvidar el enorme salto que han dado las Ciencias Exactas en el mundo durante el siglo XX.

Estas tres obras fundamentales de Marvá antes del año 90 constituyeron jalones muy estimables en la vida científica de España. En ella constituyó el nombre de Marvá un verdadero precursor; y, como tal, nada tiene de extraño que en los tiempos posteriores haya sido comentada y aun criticada su obra: que es triste ley de la vida que a todo precursor se le aprecian más, en los tiempos posteriores, los defectos que tuvo al crear que las enormes virtudes del que crea.

Las guerras coloniales.—Surgen en España, a fines del siglo XIX, las guerras coloniales, que absorben la vitalidad del

país, y el año 96 Marvá marcha a la campaña, donde le llama su deber. Mas, apenas desembarcado, encuentran las Autoridades militares que su conocimiento de la Construcción y sus dotes le señalaban para una función muy delicada, y que en aquel momento surgen en la mente de la Autoridad, y es la necesidad de remozar la fortificación costera de La Habana, capital de la Perla de las Antillas. Desde fines del siglo XVII no se había hecho nada en las fortificaciones de La Habana. Los viejos castillos del Morro, del Príncipe y de la Cabaña, totalmente inútiles en aquellos tiempos, contra la artillería de tiro rápido, de que ya estaban dotados los acorazados americanos, era necesario reemplazarlos, y se encomienda a Marvá el estudio de nuevas fortificaciones.

Era ajena esta misión a la especialidad a que se había dedicado; mas poniendo en su estudio aquella voluntad de trabajo, aquel orden y método que servía a su maravillosa inteligencia, con gran rapidez hace el plan, hace los planos, empieza la construcción, y su gran dinamismo, eficazmente secundado por aquellos Oficiales de Ingenieros que tenían respeto y cariño a su eximio profesor, surgen dos baterías a ambos lados de la bahía de La Habana, que artilla con piezas de 28 centímetros, calibre para entonces muy grande, pues no hay que olvidar que el máximo que entonces montaban las baterías de costa era de 30 y 1/2, y el mover los tubos de los cañones de 28 centímetros, con los escasos elementos que, por desgracia, teníamos en Cuba, fué obra de titanes que Marvá supo llevar a cabo.

Y estas obras de fortificaciones no fueron inútiles, sino, al contrario, eficaces, pues cuando, rotas las hostilidades, la escuadra americana bloquea la isla de Cuba, surgió el problema estratégico de cómo debían atacarlas; y uno de los primeros actos de guerra marítimos, que no pasó de una simple escaramuza, fué un reconocimiento que algún buque rápido de la escuadra americana hizo sobre la bahía de La Habana para convenirse de si, efectivamente, aquellas piezas eran eficaces.

Rompió fuego contra él la batería del Vedado, y la escuadra americana se alejó sin intentar de nuevo forzar las defensas de La Habana, con lo cual, y al desviar la acción americana hacia el otro extremo de la Isla, alejose momentáneamente el peligro y pudo cambiar la faz de la guerra.

Pocos somos los supervivientes que de aquella época quedamos en las filas del Ejército, y debo dirigir un saludo al ilustre General de Ingenieros D. Jorge Soriano, que presencié esta escaramuza y me ha suministrado el dato.

Y aprovecho la ocasión para dirigir un recuerdo hacia todos los soldados españoles que en todas las jerarquías de la milicia dieron, en nuestras Colonias, la vida por la Patria, y

también a los excelsos aviadores que han llevado en este siglo a Ultramar las alas de España: Ramón Franco, hermano de nuestro ilustre Caudillo, que las llevó triunfalmente a Buenos Aires, y cayó después en accidente del aire; a Ruiz de Alda, que también llegó con él a Buenos Aires, asesinado después vilmente en nuestra Cruzada; a Barberán, el ilustre aviador que, con Collar, después de haber llegado a Cuba, se perdió en las selvas del Yucatán, y, por fin, a otros dos supervivientes: el Coronel Llorente, no tan conocido como debiera ser, que llegó con su escuadrilla a Fernando Póo, y al General Gallarza, que también con un avión llegó a las islas Filipinas.

Estas han sido las últimas veces que las banderas españolas han llegado a Ultramar surcando los aires.

El Laboratorio de Ingenieros.—Regresado Marvá a España, con la pérdida de las Colonias, prosigue su labor docente, y concibe y consigue ejecutar una cosa que necesitaba la Construcción española, que fué la creación del Laboratorio del Material de Ingenieros, primero también en su clase, porque fué el primero que englobó las tres clases de ensayos necesarios con los materiales; el físico, el químico y el mecánico. Y en este Laboratorio desarrolla una labor muy interesante, porque no fué nunca una entidad muerta, sino, como a todo lo que él imprimía vida, fué una cosa dinámica, y era más escuela que taller.

Allí llevó, como siempre, Marvá su espíritu de orden y de método.

El Cuerpo de Ingenieros Militares, y, en general, la Oficialidad del Ejército, le debe gran gratitud al General Marvá por su labor educadora; y yo, aunque modesto, elevo mi voz para hacerlo presente.

Su recuerdo perdurará en nuestra memoria, y desde las alturas del Empireo estoy seguro que agradece este homenaje que le dedica el Patronato de este "Premio Marvá", que en honor suyo creó, y muy acertadamente, por iniciativa del ilustre D. Eduardo Aunós.

En su labor docente, casi ininterrumpida, empleó Marvá gran parte de su vida, convencido de que la instrucción es motor de primordial importancia en el mecanismo social.

Vocación científica.—Pero el profesor, para serlo dignamente, ha de tener amor a la Ciencia por ella misma, y esto le ocurría a Marvá, que investigaba, sin pensar muchas veces para qué. Le importaba más el sujeto de la Ciencia que el objeto de ella, pareciéndose, en esto, a Euclides, del cual se cuenta que, "en cierta ocasión, le preguntó un alumno para qué le serviría un teorema: el geómetra ordenó que le entregaran un trióbolo, moneda equivalente a dos reales, al joven, que mostraba con tal pregunta espíritu de esclavo".

Esta respuesta clásica, seguramente se le ocurrió en algún momento a Marvá, porque amando, como él, la cultura, y convencido de la necesidad de conocer las fuerzas de la Naturaleza, para domeñarlas y facilitar la vida del hombre, despreciaba profundamente a todos los que no daban la debida importancia al estudio de la Ciencia.

En el largo período de tiempo que reseñado queda, de más de treinta años, Marvá ha compaginado dos actividades que desde los más remotos tiempos de la Historia han parecido antagónicas: las armas y las letras; la pluma y la espada.

Vieja es la controversia que ya aparece en Grecia, y que, enterrada repetidas veces, renace, como el Ave Fénix, de sus cenizas. Ya dijo Tácito, en el diálogo de los oradores, "que el conocimientos de numerosas ciencias comunica belleza a nuestra palabra"; y ello hizo posible a César escribir sus comentarios.

Pedante sería repetir las citas; pero ya que he dicho algo de la antigüedad, no quiero dejar el tema sin aludir a nuestro Quevedo, que, estudiando la política que deben seguir los Estados, dice: "Quien llamó hermanas a las armas y las letras, poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir."

La cuestión sigue planteada, y yo sólo quiero hacer notar que Marvá aunó las dos actividades; y no fué el único en su tiempo, pues, limitándome al campo de los que fueron mis jefes y maestros, es justicia citar, aunque sólo sea de pasada, a Banús, La Llave, Ugarte y, en época más antigua, a Almirante, ese gran estilista y coloso de la pluma, no tan conocido como debiera serlo, y la lectura de cuyos libros me permito aconsejaros.

Fué luego Marvá Académico de Ciencias y Miembro creador de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias; mas toda esta labor interesante de Marvá, netamente de profesorado de Ingeniero militar, había de culminar, poco después, en unas actividades que parecían ajenas a su espíritu. Pero donde encontró adecuada forma de empleo fué en el Instituto de Reformas Sociales, que, al crearse en el año 1904, se le encomendó la Sección denominada de Inspección, a la que se confían todos los asuntos relativos a la aplicación de las Leyes sociales; y cuando se reorganiza esta entidad, el año 19, es nombrado Marvá Director general de Trabajo e Inspección, y, sobre todo, crea la Inspección del Trabajo, desarrolla su enorme actividad y precisamente en estos salones de la Academia pronunció una interesante conferencia sobre estas materias, y empezó bien pronto su labor con una, que en su tiempo ocasionó grandes comentarios, sobre la seguridad de los anda-

mios, estudiando las condiciones necesarias para lo que él llamaba “andamios de seguridad”.

El precursor.— En su labor de Inspección del Trabajo fué Marvá un precursor; y es curioso pensar que, al cabo de veinte años, haya una coincidencia extraordinaria entre los preceptos que él dictara como órdenes a los Inspectores del Trabajo y algunos de los promulgados bien recientemente por el Caudillo en su Fuero del Trabajo.

Cotejemos algunos artículos de este magistral monumento. Dice, por ejemplo, en el capítulo II: “El Estado se compromete a ejercer una acción constante y eficaz en defensa del trabajador, su vida y su trabajo”; y Marvá decía el año 19: “La elevada finalidad humanitaria y progresiva de las Leyes tutelares no ha sido aún comprendida por todos los patronos.” Y cuando dice el Fuero, en su capítulo III: “Las retribuciones del trabajo serán suficientes para proporcionar al trabajador y su familia una vida moral y digna”, respira la misma idea que la siguiente frase de Marvá: “La penuria de las clases proletarias es una enemiga irreductible, porque, roto el equilibrio entre el precio del trabajo y el precio de la vida, las víctimas pugnarán por restablecerlo, aun a despecho de todas las Leyes. Cuando el jornal no baste para el sustento de la familia, el padre acepta la jornada ilegal.” Y cuando Marvá se dirigía a los obreros por intermedio de los Inspectores y les decía: “Atended con paternal solicitud sus reclamaciones; defendedlas, cuando sean razonables; frenadlas, cuando envuelvan demasía; amparad al débil; resistid al fuerte; ilustrad con el consejo; argüid con la Ley; cumplid, en fin, con energía y longanimidad su noble apostolado educativo”, pensaba en lo mismo que el Fuero, en su capítulo III, que dice, con frase magistral: “El contenido de las relaciones entre los trabajadores y las Empresas será tanto la prestación del trabajo y su remuneración como el recíproco deber de lealtad, la asistencia y protección de los empresarios y la fidelidad y subordinación en el personal.”

Y cuando, dirigiéndose a los obreros, les decía: “Tutelar al obrero, no es prohibir sus exaltadas reivindicaciones, sino ejercer la procura de sus derechos, sin menoscabar los del patrono”, también se adelantó a artículos del capítulo XI del Fuero, cuando dice: “Los actos individuales o colectivos que de algún modo turben la normalidad de la producción o atenten contra ella, serán considerados como delitos de lesa Patria.” Y más adelante: “La disminución dolosa del rendimiento en el trabajo habrá de ser objeto de sanción adecuada.”

Fué Marvá toda su vida trabajador infatigable: ni los achaques de la vejez, ni sus naturales consecuencias, enfriaron su

ánimo para el trabajo, y constantemente se mantuvo en la brecha.

Alababa, siempre que tenía ocasión, la necesidad de trabajar, y para ello, de modo incansable, predicaba con el ejemplo.

Esta actitud suya es la misma que recomienda y ordena el Fuero del Trabajo, cuando, de modo magistral, dice, en su artículo VI: “El trabajo constituye uno de los más nobles atributos de jerarquía y de honor.”

Por todo ello me permito decir, como colofón, que, siguiendo el ejemplo de Marvá, trabajando de un modo continuo hasta que nos falte el aliento vital, es como podremos ser dignos discípulos suyos; y siguiendo en esto, el ejemplo de nuestro Caudillo, que es también incansable trabajador, y de ello puedo hablar por propia experiencia, es como nos haremos dignos de la España Única, Grande y Libre, que es la España de Franco.

* * *

A continuación se procedió a la entrega del “Premio Marvá, 1941” al autor del trabajo que lleva por lema: *Parentibus meis, magistris in vita et labore, hoc opus libentissime dico*, D. José Lledó Martín. Y se concedió una Mención honorífica al trabajo presentado por D. José Mallart.

Terminó la solemne ceremonia con las siguientes palabras del Ilmo. Sr. Subsecretario de Trabajo:

Señoras y señores:

“He acudido a este acto en representación del Excmo. Sr. Ministro del Trabajo, Presidente de honor del Patronato de la Fundación Premio Marvá. No podía estar ausente, en tan solemne momento, el Departamento ministerial que regenta mi Jefe, el camarada Girón.

Habéis oído la clara exposición que nos ha hecho D. Severino Aznar, y la no menos brillante del General García Pruneda. En una y otra se destacan la preocupación hacia lo social y la gran labor desenvuelta en este sentido por el ilustre General Marvá. Después de escuchar las manifestaciones de ambos oradores, no es extraño que le consideremos como un precursor de nuestra política nacional-sindicalista, no sólo por aquel consejo al Ministro de Agricultura, Industria y Comercio de una moderada economía dirigida, sino por aquellas re-

flexiones hechas en Sevilla el año 1917, afirmando que el obrero no era una máquina, sino un sujeto humano, con derechos y deberes—algo que más adelante recogió José Antonio—: un sujeto con alma capaz de condenarse o de salvarse. La política nacional-sindicalista ha hecho germinar esas ideas, sembradas por la benemérita figura cuya memoria nos congrega hoy aquí para tributarle un elogio. Figura que nos servirá de ejemplo y de estímulo a todos los que queremos colaborar en esa obra inmensa de la justicia social.

Todos habéis escuchado las doctas palabras con que D. Severino Aznar y el General García Pruneda nos explicaban la trayectoria de la vida del General Marvá. El que yo lo repitiese sería pedantería: he venido aquí por exigencia oficial y para dar la conformidad absoluta del Ministerio de Trabajo a este acto, para decir una vez más que el Nacional-Sindicalismo se preocupa constantemente de cuanto se relaciona con la política social, y que en el General Marvá tuvo un gran precursor, un gran trabajador.

Hay además, señoras y señores, una coincidencia: de esa Inspección del Trabajo que él creó, y que es el órgano a través del cual llega al ciudadano la gestión del Ministerio, procede el que ha merecido este año el Premio de la Fundación Marvá: es un Inspector del Trabajo el que lo ha ganado. Parece como si la Providencia hubiera querido que un hombre inspirado en aquellas doctrinas fuera el que pusiera de manifiesto los problemas de las gentes del mar, de esas gentes por las que tanto se preocupa el Caudillo, y de cuyo mejoramiento está encargado el Instituto Social de la Marina.

Sólo me resta por decir—hace pocos días lo recordaba el Sr. Jordana de Pozas—que el nombre de Marvá debe servir de guía y de estímulo; en Marvá recaía una condición esencial, independiente de su capacidad y afición al trabajo: era un hombre bueno, inspirado en la doctrina cristiana; sólo con ella podremos lograr para la Patria el Pan y la Justicia que el Caudillo nos gana. ¡Arriba España!”



Publicaciones del «Premio Marvá».

- N.º 265.—Patronato del Premio Marvá: Notas sobre su organización y funcionamiento.—Madrid.—Imprenta del I. N. P.—1933.—26 páginas.—22 cms. Ptas. 0,25.
- N.º 263.—El emigrante y los Seguros sociales, por *Gregorio Blanco Santamaría*.—Premio Marvá 1930.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1931.—118 páginas.—22 cms. Ptas. 3.
- N.º 267.—El emigrante y los Seguros sociales, por *José María e Ignacio López-Valencia*.—Premio Marvá 1930.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1931.—213 páginas.—18 cms. Ptas. 4.
- XIX.—Estudio médico-social del Convenio sobre reparación de enfermedades profesionales, por *Leandro Silván*.—Premio Marvá 1931.—Madrid.—Imprenta Helénica.—1932.—112 páginas.—22 cms. Ptas. 2.
- XX.—Estudio médico-social del Convenio sobre reparación de enfermedades profesionales, por *Vicente de Andrés Bueno*.—Premio Marvá 1931.—Madrid.—Imprenta Helénica.—1932.—61 páginas.—22 cms. Ptas. 1,50.
- N.º 379.—Los Seguros sociales en el medio rural: Extensión de los Seguros sociales a los trabajadores del campo. Procedimiento de hacer más eficaz esa extensión, por *José María López-Valencia*.—Premio Marvá 1932.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1933.—181 páginas.—18 cms. Ptas. 3.
- N.º 380.—Seguro social agrario: Extensión de los Seguros sociales a los trabajadores del campo. Procedimiento de hacer más eficaz esa extensión, por *Enrique Luño Peña*.—Premio Marvá 1932.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1933.—274 páginas.—18 cms. Ptas. 4.
- N.º 422.—La prevención de los accidentes del trabajo por los modernos medios psicológicos, gráficos y mecánicos: Eficacia comparativa de unos y otros desde el punto de vista humanitario y económico, por *María Palancar y Eugenio Pérez Botija*.—Premio Marvá 1933.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1934.—244 páginas.—25 cms. Ptas. 6.
- N.º 450.—El problema de la unificación de los Seguros sociales fuera de España, por *Enrique Luño Peña*.—Premio Marvá 1934.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1935.—253 páginas.—22 cms. Ptas. 4.
- Organización y funcionamiento de los Tribunales de Trabajo en la Legislación comparada y su posible aplicación a España, por *José Pérez Serrano*.—Premio Marvá 1935.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1936.—273 páginas.—22 cms. Ptas. 4.
- N.º 523.—Los Seguros sociales en los Estados totalitarios, por *Pedro Arnaldo Jimeno*.—Premio Marvá 1940.—Madrid.—Sobrinos Sucesora Minuesa.—1941.—358 páginas.—22 cms. Ptas. 12.

INSTITUTO NACIONAL DE PREVISIÓN

Servicio Exterior y Cultural.

Sagasta, 6.

Teléfono 14670.